

LA CANCIÓN DE LA MUERTE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

AIRES MURCIANOS (*1.ª serie.*)

AIRES MURCIANOS (*Biblioteca Mignon, 1.ª edición*)

AIRES MURCIANOS (*Mignon, 2.ª edición*)

EL RENTO, drama en tres actos. (*Agotada la edición.*)

¡LORENZO!... drama en un acto.

LA SOMBRA DEL HIJO, drama en tres actos.

ALMA DEL PUEBLO.—Cantares.—Estrofas.—Sectarias.

EL ALMA DEL MOLINO, drama en un acto.

LA CANCIÓN DE LA VIDA.—Poesías.

Dirigirse para la adquisición de ejemplares:

A las principales librerías.

Al autor, Mayor, 5, 3.º Cartagena.

UNIVERSIDAD DE MURCIA



1202910

Cartagena 15 Sept. 1904
Vicente Medina

R. 12187



La canción
de la muerte

MCMIV

Por Vicente Medina

*Ilustraciones fotográficas del natural,
por el mismo autor*

Segunda edición

Imp. «La Tierra».—Cartagena.

Esta obra está ilustrada con fotografías tomadas por mí del natural y, en su mayor parte, no son precisamente ilustraciones de los trabajos que la forman, sino ambiente propio de ellos... Son otras tantas notas de la realidad que, como las que componen el libro, me han impresionado hondamente...

A los descontentos porque en esta ocasión doy prosa, pido una tregua... Preparo dos ó tres volúmenes de versos, castellanos y nuevos aires murcianos; de estos últimos, un tomo de importancia. Tengo totalmente terminado el original para estos nuevos libros que sólo esperan vez... Lo difícil no es escribir un libro, es poderlo editar!

EL ADIÓS DE UN SUICIDA

Algeiras 7 (12 tarde)

Al llegar á ésta el vapor correo de Ceuta, declaró el capitán Sr. Cantillana, que á cinco millas de la costa vio el contramaestre que un hombre se arrojaba al agua.

Ordenó virar rápidamente y arrojó los botes, pero no pudo recoger al suicida. Examinado el pasaje, notose que faltaba el pasajero Jorge Valdés, de nacionalidad alemana.

Tenia veinticinco años.

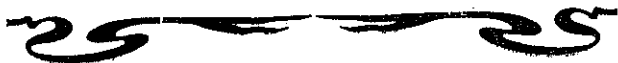
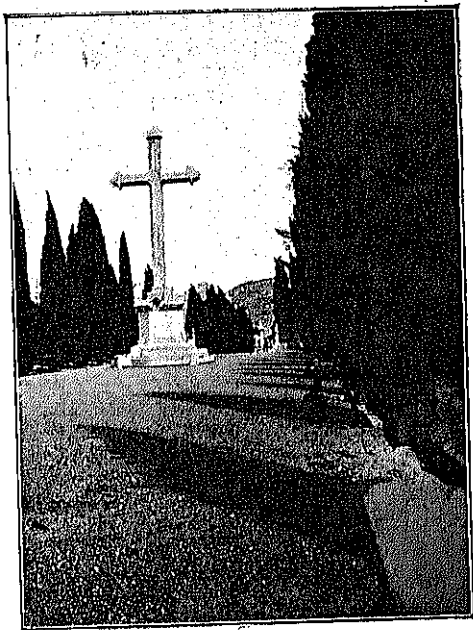
Clavado en la borda del vapor dejó el suicida un papel que decía:

«Mort est pax laboris et miserie.»

«La muerte es la paz del trabajo y de la miseria.»

No se sabe de este drama más que la leyenda latina y el trágico desenlace.—S.

De *El Imparcial*.—Febrero 1908.



LA CANCIÓN DE LA MUERTE

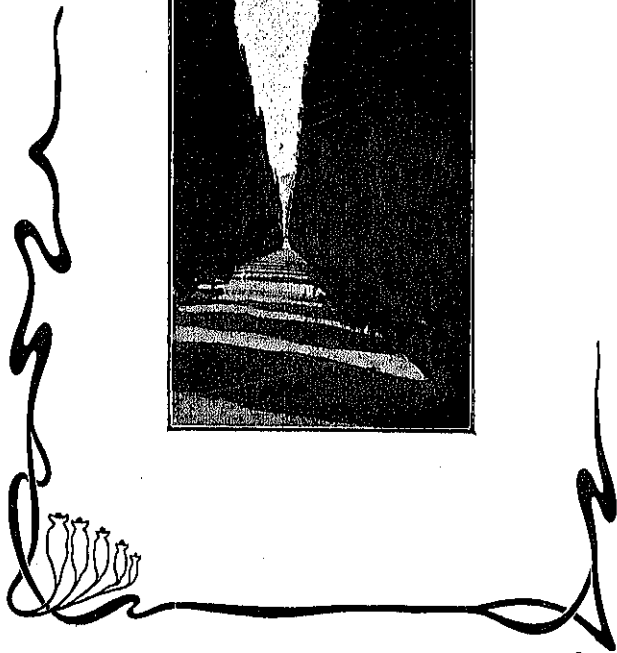
Me arrullaba amorosa la muerte
con una voz dulce, y yo le decía:

—No me cantes así, que estoy triste...

¡no me duermas aún, madre!...

déjame que juegue,
¡déjame engañado creer todavía,
que divierte el juego
vano de la vida!

LA CANCIÓN DE LA MUERTE



LA ABEJITA

Yacía sobre un lecho de flores como una flor más... ¡como una flor tronchada en su tallo, marchita, intensamente pálida!..

Parecía una de esas bellas flores que una mano cariñosa rodea de otras para realzarlas... ¡era una hermosa flor con su corte de flores!..

Sobre los rojos claveles, sobre las encarnadas rosas, sobre las blancas margaritas, resaltaba su cara morena, sus cejas elocuentes, su pelo negrísimo, su frente alboreada... ¡su boca



entreabierta como petrificada en la última contracción dolorosa!... ¡entreabierta con el último desesperante beso dado á la vida en plena juventud!

.

Las flores esparcían alrededor de la muerta su aroma y su frescura; en una habitación contigua lloraban calladamente, con suspirar silencioso, con un melancólico murmurar de manantial inagotable...

Una abejita, despreocupada como en el más delicioso jardín, libaba en las flores... ésta... aquélla... ¡igual que la muerte!... se detuvo sobre la boca de la niña y libó también... libó dulcemente... luego, con su zumbar discreto, parecía decir:

—Descansa, florecita, que yo laboro! ¡duerme, duerme, que yo, en mis panales, daré tu miel á la vida!

¡LOS HOMBRES!...

Los pajaritos conocen á los hombres... Al verlos venir han revoloteado en las ramas de los árboles, se han agitado inquietos... ¡Sabben que los hombres los matan á tiros y deshacen los niditos calientes!...

Los hombres se han detenido cerca de los árboles: son tropas que traen un desdichado reo para fusilarlo.

La sentencia se cumple rápidamente... ¡la víctima cae atravesada por las balas!...

Á la fatídica detonación, los pájaros, alzan-

do el vuelo y huyendo despavoridos, parece que dicen angustiados con su lastimero pïar: «¡Los hombres!... ¡otro nido deshecho!»



¡SIN RASTRO!

De los periódicos locales:

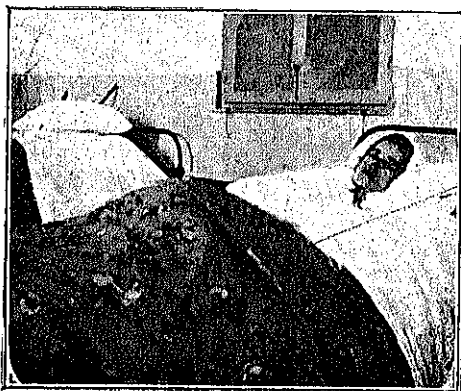
«REGISTRO CIVIL

Defunciones.—Catalina, de

8 á 9 años.»

¡Pobre criaturita! Ha muerto tísica en un hospital!... Sin familia, sin apellidos, sin edad determinada... Nacida de no se sabe quién, para ir á perderse no se sabe dónde... sin inspirar afecto humano ni interés social, sola... ¡absolutamente sola en medio de la inmensi-

dad de gentes que pueblan el mundo!... ¡Po-
bre Catalina!... ¡tan poquita cosa, muriendo
en aquella sala tan grande y tan fría!...



¡Desdichado angelito, menos mal que ya
duermes!... ¡Menos mal que ni sabrías lo que

es la vida, ni habrás sabido lo que es la muerte!... ¡nada! ¡despertar y volver á dormir!...

¡Duerme... duerme, muertecita para la que no habrá habido dolorosas lágrimas, ni desesperados besos, ni desgarradores gritos... ¡Nadie, ansiosamente, habrá escuchado tu débil queja, contado los latidos de tu corazón, recogido tu último suspiro!...

¡Pobrecita de pan! ¡pobrecita de cuidados! ¡pobrecita de ternuras!... ¡sin calorcito de su madre!... ¡tus piés menuditos no dejan rastro en la vida!...



EH!... PÁRA!...

Paró el tren.

Ya de noche, unos viejecitos han salido á la estación en un pueblecillo de la Mancha; traen su hija... Contará dieciseis años, menuda, de diminutas graciosas facciones tostadas por el sol, sana, candorosa... ¡una florecilla del campo!...

La envían á Madrid con el santo propósito de que se ponga á servir, á ver si hace una buena suerte... Les daba pena verla trabajar

en la extensa llanura lo mismo que los hombres, como bestia de carga...

Se han unido los tres en estrecho abrazo de despedida; se han dado muchos besos; después, la muchacha ha subido al tren, sola, á la buena de Dios. Los viejos, desde el andén, le hacen, con amante celo, juiciosas recomendaciones:

—No te asomes á la ventanilla, que se pudiese abrir la portezuela y te pudieses caer.

—¡Ay, Dios mío!

—El billete ahí le llevas... ten cuidado, que pudieras perderle.

—Y en Madrid, á ver cómo te portas!...

—Que no dejes de escribir.

—¡Hijita mía!...

Ha partido el tren... Los viejecitos quedan llorando y sus vagas siluetas, allá, en el andén, se alejan, se pierden... La muchacha, en el vagón, también llora, sentada con abati-

miento en el duro banco de madera... ¡doblada la cabeza sobre el pecho como florecilla tronchada!...

Y vuela el tren por el infinito llano de la Mancha en la negra noche sin luna.

.

El tren marcha.

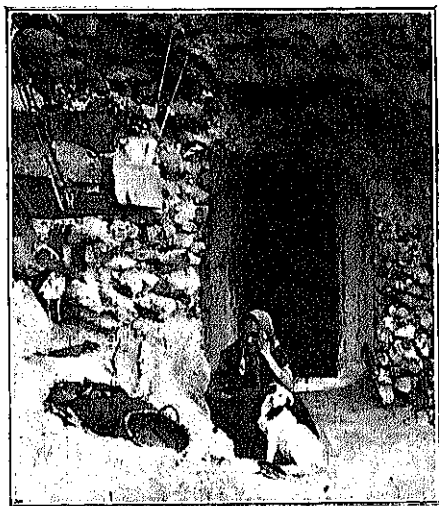
La muchacha llora inconsolable, hilo á hilo, con suspirar silencioso, como si hubiera de llorar siempre... Contemplándola, evoco á los viejecitos, allá en el lejano andén, llorando también sin consuelo, arrepentidos quizás de haberla dejado partir.

.

Y aquel dolor (ese dolor que es la primera realidad de muchos sueños de ventura) se posesionó de mi ánimo, me obsesionó y, al asomarme á la ventanilla, me pareció, en la negra noche, ver á los dos viejecitos que en vertiginosa carrera iban en pos del tren... Y á

fuerza de creer quiméricamente que eran ellos, también me pareció, entre el ruido ensordecedor de la marcha, oírles gritar pesarosos, arrepentidos, con voces angustiadas, suplicantes, doloridas:

—¡Eh!... ¡maquinista!... pára!... pára!...



TRISTES!...

Son forasteros, una familia de desdichados, van errantes...

El hombre, con trazas de obrero, aparenta unos cuarenta años, la mujer treinta, un nene de diez, una nena de cuatro ó cinco y otra de un mes escaso que, cogida al pecho, flácido y escurrido, parece mamar sangre...

Vienen estenuados, apenas pueden arrastrar los piés, cuyo calzado maltrecho, en el estado más triste y deplorable, nos habla de

días y más días de camino por interminables y empolvadas carreteras...

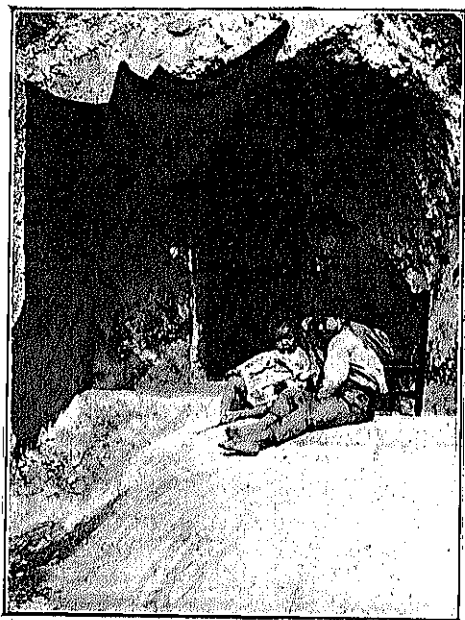
Su aspecto es bien triste: quemados por el solanero, ennegrecidos, enterragados, demacrados y hambrientos, profundamente abatidos... ¡parecen acosados por una desgracia implacable!...

En una tapia, á la salida del pueblo, han hecho su albergue: han sujetado una sábana á la pared y al suelo, con unos clavos, y allí se han guarecido.

.
Durante la noche ha caído una helada cruel, y al salir el sol, que por lo radiante presagia un hermoso día, dentro de la miserable tienda de los forasteros lloran amargamente... ¡con la tristeza infinita de los desamparados que no esperan consuelo!...

Me he asomado y he visto la madre y la niña pequeña muertas y tendidas en el puro

suelo... la otra niña y el niño abrazados á la madre y llamándola con dulce balido: «¡mamaíta! ¡mamaíta!» El padre, con la cabeza hundida entre las manos, sin removerse á nada, como si fatalmente, así, en aquel estado de desesperación infinita, hubiesen de estar siempre!





LA MADRIGUERA

Evoco nuestra conejita: una conejita que ha parido siete conejitos que se la comen viva... Ella se ha quedado en los huesos, los conejitos son muy menudos, no espuman, se ponen á mamar: chupetonazo aquí, chupetonazo allí... ¡se la tragan y siempre tienen hambre!... Además, el animalito, para que sus hijos estén calientes, se arranca á bocados el pelo que apretuja sobre ellos con las patitas suaves...

He visto un desdichado hogar que me ha

dado la misma nota, la misma impresión: es una madriguera humana! El matrimonio, aquellas infelices gentes, tienen nueve hijos que nunca se ven hartos de pan... entre ellos siempre hay alguno con las carnes desnuditas ¡sin ható! Las míseras ropillas pasan de unos á otros, de los grandes á los pequeños, disputada, reñida constantemente la posesión de aquellos guiñapitos perdurables, eternos, que tiran hasta consumirse rajados, despizcados, deshilachados...

No tienen cama y duermen los pequeñuelos sobre unas hojas secas, hacinados en un rincón, agitándose y estremeciéndose de frío...

La madre, al acostarse, los mira con un silencio trágico, con una inquietud dolorosa y, desnudándose, ¡pone sus pobres ropas sobre la apiñada cría, que, con manifiesta gratitud, rebulle!...



CUENTA IMPOSIBLE

He dado de mano en el escritorio cerca de las nueve de la noche, me he puesto el abrigo y he salido á la calle con el alborozo de un pájaro que escapa de la jaula...

Al pasar frente á la tienda de comestibles, se me ocurre llevar algo á casa para ayudar á la cena, que no debe de ser gran cosa.

Mientras me despachan, entra en la tienda una joven no fea, no mal vestida, de tez blanca, de abundante cabello, de ojos claros... Su aspecto es de hallarse en cinta de pocos me-

ses y se advierte en ella, al instante, un desaliento mortal, una dejadez triste, desconsoladora... Va despeinada, sus ojos tienen apagado mirar, sus labios están pálidos, muy pálidos... sus vestidos, no viejos, presentan evidente señal de abandono, aparecen arrugados como si se acostase con ellos, á falta de lecho tal vez, en una desidia desesperante, acarreada por una devastadora y rápida miseria...

La joven repasa abstraída, entre sus manos, tres monedas de á cinco céntimos, como echando una cuenta imposible... Después ha manoseado las sardinas saladas que para el despacho hay sobre el mostrador, y escogiendo entre ellas, ha preguntado al tendero si valen dos cinco céntimos. Le han contestado que sí. Ha vuelto á echar cuentas y, manoseando otra vez las sardinas, ha replicado:

—¡Si fueran más grandes!...

Se decide al fin y toma dos de ellas, tras mucho escoger...

Luégo ha dado los cinco céntimos con lástima, como si con ello viniera abajo todo un

grave y complicado plan económico...



Yo he pedido mi cuenta, que han sido noventa céntimos, y he pagado furtivamente, como si tuviese que avergonzarme de lo que es un lujo, un dis-

pendio enorme, comparado con los pobres cinco céntimos...

La joven ha salido en la misma dirección que yo. La he visto detenerse en la puerta de

una panadería, abstraída otra vez, pasando y repasando entre los dedos las dos restantes monedas de á cinco céntimos, echando nuevamente aquella cuenta imposible!...



SIN HOGAR

Bastante tarde, en la fría noche de invierno, he pasado por una silenciosa calle de la ciudad y he visto dos hombres jóvenes, astrosos, obreros miserables de las minas que, arrojados por un vigilante nocturno del so-techado de un portal donde sin duda habían buscado refugio, permanecen de pié en la acera, inmóviles, acobardados, desconsoladamente abatidos...

He madrugado á la mañana siguiente y he pasado por el mismo sitio para ir á mi traba-

LA CANCIÓN DE LA MUERTE

jo... En la acera están aquellos dos hombres todavía en la misma actitud... ¡Han debido de pasar así la noche!



SIN PASAPORTE

¡Cuándo habrá una policía que proteja, que dé refugio, que ponga á salvo á todos los infelices, vengan de donde vengan, vagabundos, fugitivos, víctimas, delincuentes!...

Son dos extranjeros, dos hombres, astrosos, derrotados... parece que van á la huída, perseguidos.,. ¡cazados por un fatalismo cruel!...

Su aspecto de desdichados ha llamado la atención... una atención hostil... Las buenas

gentes observan su estado deplorable, su desorientación sombría, y los miran recelosas, desconfiadas, ¡agresivamente!...

A impulsos de un piadoso instinto de conservación, alguien ha hecho reparar á la policía en la mala catadura de aquellos vagabundos que, por su presencia de miserables muertos de fatiga, de hambre y de frío, merecen seguramente todo el rigor de la Ley.

Y los agentes de policía, después de haber interrogado á los dos extranjeros con una brutalidad digna del encomio de los que se desvelan por el orden social, los han detenido por indocumentados, y los han conducido al depósito como á peligrosos malhechores...

Entre tanto, por la anchurosa calle han desfilado los dichosos, envueltos en pieles y sedas, hartos y satisfechos, tranquilos, en una venturosa paz... bañados voluptuosamente, como en tibio sol, en las miradas de ge-

neral complacencia que les echaban las buenas gentes, cándidas, sencillas, ¡y nadie les ha pedido el pasaporte!

.



LOS CUCHILLOS

Habían ganado el pan *con el sudor de su rostro*, y por eso comían los descargadores del muelle.

Era medio día, comían sentados en el suelo, puestos al sol, con sus mujeres, con algún pequeñín... Comían vorazmente la escasa ración... Trabajaron mucho, eso sí, pero comían poco; es la lógica de los racionales. Entre los brutos, no: el que da mayor zarpada, más engulle. ¡Lástima que los humanos no seamos más brutos!...

Aquellos hombres blandían, casi todos, grandes y puntiagudos cuchillos con los que partían el negro pan... ¡las afiladas hojas, heridas por el sol, brillaban en las rudas manos de los trabajadores siniestramente!

El espectáculo de los hombres de cara fosca, tiznados, maltrechos, tranquilamente trágicos, manejando los relucientes cuchillos, junto á las mujeres abandonadas en una dejadez de aniquiladas bestias, y rodeados de los pequeñuelos esmirriados, sucios, de pobres ropitas, de caritas de hambre, producía una sensación pavorosa...

Sin embargo, nada había que temer. A la despótica señal de la sirena de vapor, las pobres mujeres volvieron á los miserables hogares, arrastrando su desaliento mortal, tirando de la mano de sus pequeñuelos... Los hombres foscos, gruñendo como fieras domadas, maldiciendo sordamente las injusticias

sociales, reanudaron la bárbara tarea con una mansedumbre desconsoladora... Los relucientes y puntiagudos cuchillos descansarían hasta partir otra vez el negro pan!




¡EL POBRE VIEJO!

Ha muerto de hambre y de frío, á los ochenta años, tirado á la orilla de un camino como una cosa inútil y olvidada...

¡Ochenta años!... Tal vez haya dejado tras de sí una larga generación... ¡no obstante, andaba el pobre abuelo, solo, desamparado, sin un biznietillo que le llevase de la mano!... Solo, desamparado, sin la solicitud de nadie... ¡así se desplomó en el sendero para no levantarse más!...

Y allí está. Las gentes no se apresuran á



quitarlo de allí porque ¡total! se trata de un pobre viejo que ya cumplió:— «¡Bien está! ha vivido bastante!»

Pero, en cambio, la tierra no se cansa de tenerlo en su regazo como una madre fuerte... ¡húmeda, debajo del inanimado cuerpo, parece que suda en él!... ¡Y el sol en beso inacabable lo guarda tibio!... ¡Y, más piadosas que la gran familia de los hombres, las moscas velan al cadáver!...



PRESAGIO TRISTE

La madre, una mujer fuerte, trabajada por los años y las penas, ha hecho cara á la miseria, se ha erguido valiente, y ha exclamado:

—¡Ea! ¡El trabajar no es deshonra; veréis como yo todavía gano un pedazo de pan!

Y se ha levantado al otro día, antes que Dios amaneciese, dando ejemplo á los desalentados y á los perezosos de su hogar, y se ha echado á la calle...

Ha vuelto, ha cargado con una mesa y otros enseres y, con más ánimos que fuerzas,

se lo ha llevado todo de un viaje... Luego ha empeñado no sé qué, ha traído algún dinero y ha comprado en la lonja un saco de castañas...

Y en la esquina de la calle, en una plazuela animada, se ha instalado; ha encendido el hornillo, ha colocado el puesto y ha comenzado á gritar:

—¡Calentitas!...

.

La mañana es cruda... ¡El cierzo, corta!...

A la animosa mujer acompaña su hija, que ha venido al puesto á regañadientes...

Mientras la madre, con los dedos agarrotados, parte el carbón para el hornillo y de pié sobre el enlodado piso de la calle atiende al puesto, la hija, malhumorada, gestuda, pero hermosa siempre, con sus dieciseis años, su cara redonda, blanca como la leche, sus ojos negros aterciopelados, sus labios húmedos,

su hinchado seno... se ha arrellenado con indolencia en una silla, detrás del puesto, colocando sus diminutos piés sobre el saco de castañas para preservarlos del frío, y arrebujado en su mantón de lana como en un nido caliente...

Y la actitud indolente de la joven hermosamente gestuda, pregona lo inútil del esfuerzo de la mujer fuerte y presagia el triste fin de aquellos santos propósitos!...



¡EL HAMBRE ES DURA!

No llueve, la tierra se ha endurecido, no hay labores...

Toda una familia de labriegos ha estado la Noche buena y su víspera, sin descansar, para elaborar tres arrobas de esparto... ¡Han ganado, en junto, doce reales!

Hay un medio con el que se gana más, pero es peligroso; se pone en práctica cuando el hambre aprieta; consiste en ir *á por esparto* á las mismas atochas, es decir, ¡á robarlo!

Antes, al pobre, en invierno, le quedaba el

recurso de ir á la sierra; los montes eran *libres*. Hoy pertenecen éstos á dueños particulares y están vigilados por guardas rurales y guardia civil... Los *esparteros* (los que van á robar el esparto en las atochas) son perseguidos con encono, como ladrones de la peor calaña. ¡Bien saben los infelices *esparteros* que se exponen á un balazo, que pelagra su libertad, que los pillan y los muelen á golpes... ¡pero el hambre es dura!

.
A la caída de la tarde sale la pandilla del pueblo, casi nunca van menos de tres; algunas veces se han juntado hasta quince ó dieciseis... Son hombres y mozueros, enteros de ánimo, astutos, ligeros como liebres...

Dijeron:

—¿Vamos esta noche *á por esparto*?

—¡Vamos!

Y, convenidos, se han juntado en las afue-

ras del lugar, saliendo cada uno por su lado, para no llamar la atención de la guardia civil, que los cела de muerte.

En las casas de los *esparteros* saben las familias la aventura que corren sus hombres, los peligros... y quedan en desasosiego mortal... Saben las pobres mujeres que muchas veces los pillan... que los hinchán á palos... que los llevan *pa adelante*, *cargaos* con el esparto *robao*, á las cárceles de Cieza ó Blanca, haciéndoles caminar *asina* dos ó tres leguas... saben que, en la desesperación, algunas veces hay refriegas con los guardas y que, en el desamparo de la sierra y en la noche más obscura que boca de lobo... *janguño cae pa no levantarse más!*

.
Se ha puesto el sol, la luna saldrá de *ma-
drugá*; la noche, *escura*, que no se ven los
deos de la mano, protege á los *esparteros*...

Van al coto del *Agua amarga*, al de *La corona*... siguen trochas que nadie conoce, por el hondo de los barrancos... pasan en ocasiones por donde ni las cabras podrían pasar, y se alejan tres y cuatro leguas, llegando hasta término de Jumilla... ¡Siempre agazapándose al cruzar por sitio pasajero, sin dejar *sentirse las pisás* y corriendo como exhalaciones!...

Caen como una nube sobre el esparto, verde todavía... arrancan sin compasión ni miramiento, como quien va á la *pillá*, y dan fin de las atochas sin dejarlas que medren!...

Dicen los guardas:

—Más vale el *estrozo* que hacen que lo que se llevan... ¡Pero la paga el que pillamos!

Y, efectivamente. El que pillan, si libró la pelleja de la refriega, si la hubo, ó del palizón, que es cosa corriente como buen sistema de escarmiento, paga con unos meses de cárcel. De Cieza ó Blanca los llevan á Mula,

que es el partido judicial, y después á Murcia.

.
Si salen bien de la aventura, vuelven con los claros del día, de noche casi... Llegan jadeantes, con la lengua por el suelo, hundidos bajo el haz... con el atosigo, con el azoramiento del que lleva á cuestras lo robado... Algunas veces, perseguidos de lejos por la guardia civil, que los atisbó, entran á todo correr en el pueblo y desaparecen en los negros hogares...

Las mujeres no se acostaron; encogidas junto al hogar sin lumbre, temblando de miedo y de frío, en ansiedad mortal, pasaron la noche contando las horas...

HOGAR SIN MADRE



En las afueras de la población había un pequeño canal de aguas escasas y poco

limpias en las que lavaban sus ropas los más

pobres... no aquellos á los cuales no les era posible soportar el lujo de una lavandera, sinó los que ni siquiera podían permitirse el dispendio de los cinco céntimos que costaba el lavadero público, que ya en sí constituía un lujo con sus grandes depósitos rebosantes de agua corriente y cristalina...

Por la orilla del canal cruzó junto á nosotros, agobiada bajo el enorme peso de un gran bulto de ropa sucia y con gesto de dolorosa resignación, una mujer joven en cuyo rostro desfigurado se veían abundantes y recientes señales de haber pasado la viruela... La viruela que hacía terribles estragos aquel año, sobre todo en los barrios míseros, faltos de higiene y asistencia...

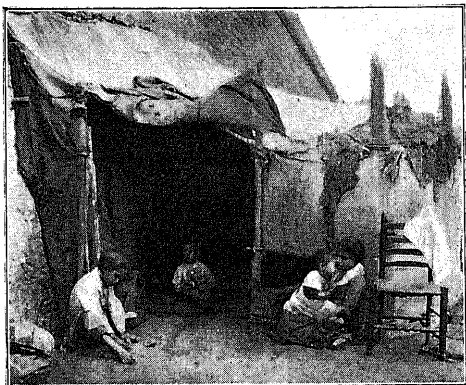
En toda la orilla del canal se veían abatidas mujeres, algunas de ellas enlutadas, que silenciosamente lavaban ropas miserables... ¡ropas que evocaban hogares tristes,

minados, comidos, devastados por la miseria...

En una parte donde el canal en forma de túnel pasaba por debajo de un camino, un hombre, recatándose en la obscura bóveda, lavaba también... le acompañaba un pequeñuelo de blusita negra...

El pobre hombre lavaba triste, silencioso, desmañado, como avergonzado de su impropia tarea, pero abnegado en su sacrificio... lavaba miserables ropas que delataban un hogar azotado por el dolor y la miseria... un hogar pobre y destartado, sin gobierno, con pequeñuelos sin madre!...

LA CANCIÓN DE LA MUERTE



OCASO

¡Pobre muchacha! Ella sabía muy bien que sus días estaban contados y, como deseosa de acabar pronto la penosa jornada, á fin de descansar para siempre, no se recogía... Pasaba las noches en los cafés... Sin hacer caso de amistosas advertencias, emprendió una carrera desenfrenada que forzosamente tenía que ser breve...

La ví algunos días antes de que muriera: hermosa siempre... Parecía de cera con su blancura mate, con sus labios pálidos, con

sus ojos negros, rodeados de oscuros círculos que ahondaba la muerte... Era á la salida del teatro y estaba en el café como de costumbre. Enfrente de ella refán con sonoras carcajadas algunos jóvenes, y uno de ellos la miró atrevidamente, llamando la atención de sus compañeros... Ella correspondió con un asomo de sonrisa... con una mirada tristona... postrero relumbrar de su ingénita coquetería... coquetería crepuscular, dolorosa, fatídica... ¡la coquetería de la muerte!




EL PERDÓN

Si la ley no era infalible ¿por qué se aplicaba á los hombres? Si establecía la justa pena ¿por qué el perdón? Si por encima de la ley escrita había otra más santa, más justa, sobraba la ley escrita que, en este caso, era inmoral.

.

Existía el perdón. La piedad, como ley divina, estaba por encima de la ley de los hombres... ¡santa ley la de la piedad! Pero ¿por qué, siendo tan buena que se sobreponía á la



otra y la anulaba, sólo la ejercían determinadas personas y en contados casos? Siendo tan buena, ¿por qué no hacerla grande, ejerciéndola todos, consagrándola todos? Siendo tan santa, ¿por qué no aplicarla siempre? Si era superior á la ley escrita, ¿por qué no hacer de la ley de piedad la única soberana ley? ¡Qué gran ley, la piedad ejercitada por todos, aplicada á todos los delitos!

.

¡Bendita piedad escarnecida! Invocada inicuamente!... No estás tú en los corazones de los que te invocan, cuando regatean el perdón, cuando necesitan que se lo imploren y no lo dan, munificentes, á todos, sinó á unos cuantos privilegiados también ¡que también para el perdón hay privilegiados!

.

Dos reos iban al patíbulo, y un grito de piedad, sincera, clamó perdón... Imploraban

por ellos los poderosos, los débiles... ¡imploraban por ellos los mismos jueces que los juzgaron, los propios acusadores, las víctimas!...

Y quien ejercitaba la alta prerrogativa, á impulso de no se sabe qué piedad, perdonó la vida de uno de los reos y denegó el indulto del otro.

Cuando llegó el perdón, los reos iban camino del patíbulo y, mientras uno de ellos regresaba á la cárcel respirando con ansia la nueva vida, ¡el otro devoraba su angustia camino de la muerte, exacerbado por aquella piedad cruel y risible!

LLAMAS BLANCAS

Por la espaciosa alameda han pasado tres
hermanas de la caridad: marchan con andar



mesurado, hablan discretamente... La que va

en medio es alta, esbelta, muy hermosa... apenas pone atención á lo que dicen sus compañeras, mira al cielo abstraída...

He imaginado el poema de aquellas almas abrasadas de amor... Son blancas inmaculadas flores de los fatídicos campos de batalla, de los desoladores hospitales, de los desabrigados asilos... Son febriles amantes entregadas con ternuras infinitas á los divinos espasmos de la piedad... amantes encendidas de amor, que apasionadas estrecharon en sus brazos al agonizante soldado, al anciano desfallecido, al niño helado, pobre pajarito sin calor de madre... ¡Son dulces, tristes amantes que, desvanecidas al placer de ser buenas, bebieron en espirantes cárdenos labios los últimos besos á la vida!...

El amor divino á la Humanidad, abrasó y consumió en ellas el amor fecundo de los hombres... ¡llevan cenizas de amor en sus pe-

chos!... Al alejarse en la espaciosa alameda,
sus blancas tocas flamean al sol y al aire
¡como llamas de amor que fueron rojas y se
tornaron blancas, de puro intensas!



ESPECTROS

Como una losa pesa la niebla de la fría noche... cala los cuerpos con su helada y pertinaz caricia, como hálito mortal... vela como tupido crespón los focos eléctricos de la espaciosa vía... envuelve la ciudad populosa en una vaguedad de ensueño triste, y los seres y las cosas aparecen, cruzan y se pierden, leves y silenciosos como espectros...

En un ancho portal duerme un puñado de golfos... Sufren las inclemencias del impasible cielo, encogidos, contraídos violentamente, apiñados y enlazados unos con otros para

darse calor, formando una cadena de carne miserable, fustigada por el hambre y el frío, de eslabones siniestros... Reposan en la confianza de su miseria, ¡y el duro portal de piedra, bajo los pobres entumecidos miembros, se siente tibio!... Me los he imaginado como un bajo relieve soberbio, símbolo del abandono más desconsolador...

Un negro de colosal estatura, maltrecho, harapososo, vendada la frente con blanco lienzo, estremeciéndose y castañeteando los dientes de frío, pasa junto á mí como un fantasma trágico...

En numerosa invasión, mimosas y sonrientes mujeres, asaltan á los hombres en la ancha acera, como una nube de mariposas blancas...

Una niña débil, aterida, atraviesa la calle, pisando, acobardada y temblorosa, el húmedo asfalto con sus piés descalzitos... Con voz

quejumbrosa, tenue y argentina, que parece la sola voz de la noche, la sola voz de todo, vocea de cuándo en cuándo con un dejo de infinita tristeza:—*Heraldo...*

Y la niebla, tenaz, implacable, cada vez más densa, suavemente, silenciosamente, se apodera de todo, lo borra todo, lo envuelve todo, como piadoso sudario!..



EL HORMIGUERO

Era el entierro de un buen hombre, de los pocos, tan bueno que, si alguna vez hizo algo malo, fué, seguramente, llevado de su extrema bondad...

Cuando vivía, aquel hombre había pasado inadvertido muchas veces por entre las multitudes, sus buenas acciones habían caído discretamente, calladamente, en el obscuro campo de los tristes, ¡como rocío silencioso, durante la noche, sobre la dura tierra!...

Algunas veces, aquellas multitudes que

casi nunca advirtieron su presencia, aquellas que, embaucadas por los charlatanes, ciegas, no vieron la fecunda labor del hombre honrado, le dieron hiel de amarguísimos desengaños en su sed de benditas esperanzas, pusieron obstáculos en su camino al bien... ¡al bien de ellas mismas!...

Y ahora que no existía lo glorificaban, ¿para qué ya? Se descubrían respetuosamente ante sus despojos, ante nada!... ¡era tan inmenso el gentío, que parecía que al muerto lo llevaban en triunfo al hoyo!...

De haber alzado la cabeza el buen hombre ¡cómo hubiese extrañado aquella solicitud de los indiferentes, de los ingratos, de los enemigos!... Él, tan bueno y tan humilde que había pedido que envolviesen su cuerpo en una sábana y lo enterrasen en una pobre sepultura entre los ignorados, se hubiese do- lido de la fastuosidad de los funerales y, al

LA CANCIÓN DE LA MUERTE



ver á los pobrecitos asilados, niños débiles y tristes que formaban en el entierro, hubiera exclamado compadecido:

—¡A qué los fatigan!

.

Alguien dijo:

—¡Qué hormiguero por todas partes!... ¡por la animación, parece día de fiesta!...

Efectivamente, aquel inusitado movimiento de carruajes y aquella muchedumbre que lo invadía todo, eran de día de fiesta... aquella gente que se apiñaba afanosa alrededor del féretro, marchando en procesión interminable, era el hormiguero humano...

Y la visión del hormiguero se me afianzó terca... ¡el negrear de un voraz hormiguero que ávidamente se llevaba por un ancho camino el inanimado cuerpo de un insecto superior!...

LA SINCERIDAD MUERTA

Los farolitos de *Recuerdo eterno*, la corona *De su amante esposa*, un *pensamiento* magnífico, de doce pesetas... Hay que rendir culto á los muertos, por ser el día que es, y todas estas cositas se han sacado del cuarto obscuro y se las ha limpiado el polvo...

La familia se ha puesto los trapitos negros, las niñas se han apañado al espejo unas caritas de dolor... Seguros de no hacer el ridículo, con un luto de buen tono, han salido para el cementerio en carruaje...

Hay que hacer por los muertos... Están en la parcela de la familia. ¡Oh propiedad sagrada, que vas hasta la muerte!... En tanto que la mamá, agriamente y por lo bajo, riñe á una pobre sirvienta porque un farol está un poco sucio, las niñas, que se han arrodillado muy estiraditas, frente á la sepultura, miran de reajo á unos pollitos que se detienen á piroppearlas...

Y todo lo mismo... la muchedumbre llena el cementerio... de vez en cuando, como cosa muy rara, se ve una manchita de dolor...

.

Pasan flores y flores... coronas de flores artificiales de papel, de trapo, de pluma, de porcelana, de metal... coronas de flores naturales que á fuerza de industrialismo parecen artificiales también...

Entre tanto artificio, se creyera que las tumbas sin flores y abandonadas al parecer,

son las más sentidas, las más lloradas...

¡Me ha parecido asistir al entierro de la sinceridad!

.
Igual que la gente, el cementerio, de suntuosidad hueca, aparatoso, teatral, me ha dado también la impresión de una nota falsa...

Paseos regulares de rígidos cipreses, sin más espesuras de frescos follajes, sin más flores... Panteones de atildada ornamentación, de arte mezquino... Patios de nichos en uniformidad desesperante, en interminables hileras, como inmensas anaquelerías...

He sentido la ausencia desconsoladora de grandes pasiones humanas, de sentimientos acendrados, de delicadezas del espíritu... ¡la frivolidad, como ráfaga helada, me ha hecho estremecer de frío!...

Y allí entre los muertos, como en todas partes, la categoría, el privilegio, la clase...

¡muertos ricos, muertos acomodados, muertos pobres!...

Una infeliz mujer recogía del suelo flores caídas de los soberbios ramos que llevaban á los muertos ricos... flores deshechas, pisoteadas, marchitas... ¡desperdicio de flores que llevaba á la sepultura de los suyos, que vivieron también de sobras miserables!

Yo soñaba en tanto, cómo serán los cementerios cuando la humanidad, libre de funestas preocupaciones y ridículas vanidades, haga á su antojo, en una paz sencilla, la vida natural.

La humanidad, entonces, enterrará sus muertos simplemente en la tierra de risueños huertecitos y alegres jardines, frondosos y bellos, que alejarán del espíritu toda idea de muerte...

Y las multitudes poblarán aquellos huertos y jardines, llenándolos con la alegría de sus

amores fecundos, comiendo despreocupadas las frutas exquisitas de la jugosa tierra; adornándose con las fragantes flores que á los vivos; en la perenne manifestación del amor inmortal de la materia, darán los muertos!



¡UNA VIDA!

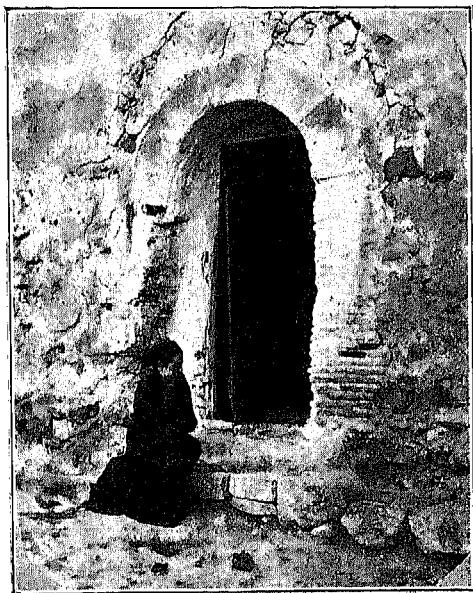
Labor diaria, trabajos
para hacer dinero, ¡oh,
perdonadme, llama á la
puerta un pobrecito de
esos que hacen llorar!

Ha amanecido un día triste, lluvioso... El cielo gris, las calles de la ciudad desiertas, la monotonía desoladora de la lluvia, sumen el ánimo en una postración de espíritu enfermo...

Por la carretera viene un hombre conducido por una pareja de la guardia civil. Los tres hombres llegan fatigosos, enlodados, como si llevasen una penosa jornada. Se han detenido á la puerta del penal; el conducido es un reo que viene á cumplir condena: diez, quince, veinte años!

El aspecto del preso es el de una resignación trágica, el de la costumbre del dolor... Va con el hato á cuestas: un petate y un bultito

de ropa. Gasta blusa, limpia camisa, pantalón de pana cuidadosamente remendado; se advina el amante celo de una madre, de una es-



posa... se presiente el hogar asolado por la desgracia!...

El hombre ha pasado el rastrillo que se ha

cerrado tras él, impasible, con un ruido seco...
Diez, quince, veinte años... ¡una vida!



TRIBULACIÓN

(Á LOS RICOS)

Yo os aseguro que hay un hombre cuyos hijitos pasan hambre, que busca afanosamente trabajo con que ganar el sustento, y no lo encuentra... Sale de su casa al alborear, vuelve á la noche desesperado, desfallecido... Sus pequeñuelos gimen pidiendo pan... punzados por el frío y el hambre, se duermen en el puro suelo en un rincón, apiñaditos... La miseria arrambló con todo: con los escasos muebles, con las míseras ropas, con los pobres lechos...

La mujer ha estado lavando en una casa, le han puesto de comer y no ha probado bocado...

—¡Coma usted!—le han dicho.

—No tengo ganas,—ha contestado—me lo llevaré para mis nenes...

El otro día, uno de los pequeñines se puso enfermo... la madre salió dispuesta á pedir limosna... ¡volvió llorando!...

Y pregunto: esta sociedad mesurada, de orden, enemiga de toda perturbación, que tiene guardia civil que garantice sus *sagrados* intereses, sus reposadas digestiones y su dormir tranquilo ¿qué ha previsto para evitar desdichas como ésta? ¿qué medios legales ofrece á ese infeliz padre para que salga de su triste situación? Como éste hay casos infinitos.

Tenemos asilos y hospitales para los desvalidos y enfermos... ¿y para los hombres

sanos y fuertes que carecen de trabajo y de sustento?

Ese hombre no tiene más que dos caminos: ó la violencia que castigan las leyes, ó dejar que sus hijos se mueran de hambre.

¿Qué debe hacer?

Ricos, hombres mesurados... ¡contestad vosotros!



PARA MORTAJA

La pobre mujer ha corrido angustiada la ciudad entera... En el desamparado hogar ha quedado, entre tanto, al cuidado de una vecina, el niño enfermito, tirado en el puro suelo, muriendo, más que de otra cosa, de hambre y de frío... ¡de vil miseria!...

La calle de la amargura es infinita, el calvario interminable... La infeliz madre, desfallecida, jadeante, aturdida por el bárbaro golpe del dolor implacable, anda desalentada, loca... Busca un médico y no lo halla; los que

hay para los pobres son pocos ¡y los pobres son tantos!... Corre en pos del médico...—Ha salido para tal calle;—le dicen—¡allá en el otro extremo!—Cruza la ciudad otra vez... Llega:—Acaba de partir;—torna á correr...

No es ya la necesaria, la salvadora medicina lo que busca la desdichada madre corriendo tras el médico; sabe de otras veces que si le encuentra, aunque le manifieste que el enfermo agoniza, el médico anotará el nombre y el domicilio y quedará en ir... Son muchos enfermos, casi todos agonizan y el médico ya está acostumbrado á verlos morir...

Si la desdichada madre corre tras el médico, es para que autorice con su firma un pobre socorro que, con este requisito, puede pedir en la casa consistorial... El socorro es bien poca cosa... pero allá, en el hogar torturado, no ha quedado un bocado de pan ¡ni aun para el enfermito!...

Corre en balde la madre infeliz... ha vuelto desesperada á casa del médico y ha dejado el nombre y las señas... ¡no puede más!... En medio de la calle, considerando que regresa á su casa sin el menor auxilio se echa á llorar desconsoladamente... Algunas gentes humildes se interesan por aquel dolor y le interrogan... recogen algunas monedas y se las dan... ¡la pobre mujer besa las monedas y parte presurosa!...

En tanto, también el marido recorre la ciudad implorando trabajo, y no lo encuentra... ¡No pediría limosna tan plañideramente, tan tristemente, tan apocadamente como pide trabajo!... De vez en cuando, en la desesperación de su inútil esfuerzo y en medio de la tumultuosa calle de ricas tiendas y rebosantes almacenes, transitada por lujosos carruajes y una multitud alegre y feliz, ¡aquel hombre, como un Dios justiciero, se

yergue airado y prorrumpe en blasfemias!...

La triste madre ha llegado al triste hogar.
El niño ya no necesita nada... ¡ha muerto!

El médico ha llegado también y, ya que no la autorización del mísero socorro, firmará el parte de defunción.

Y aquellas monedas besadas, recogidas por la desgraciada madre en su calle de amargura, servirán para que el muertecito, ya que no tuvo pan, tenga mortaja!



LA GORRITA

Un limpiabotas, buen muchacho, de unos veintitantos años, iba los días de fiesta á limpiar el calzado de un comerciante, y uno de estos días se presentó en la tienda el tiznado betunero, orgulloso, enfatuado con la compañía de un niño rubio, lindísimo, que casi no andaba todavía... Era un pequeñín muy blanco y todo vestido de blanco... ¡limpísimo!... pero sin gorrita...

El betunero cumplió su cometido y, después, con timidez de pobre, dijo al comerciante si, á condición de pagar en veces, podría venderle una gorrita blanca para su nene, que era aquel pequeñín.

Accedió el comerciante, y el betunero, una vez que hubo entregado á cuenta todo lo ga-

nado aquel día echándose de rodillas á los piés de los hombres, cogió enternecido la blanca gorrita, tocándola apenas con sus tiznadas manos, y la colocó tembloroso sobre la cabecita rubia...

Al día siguiente de fiesta, volvió el betunero á la tienda y, cuando terminó su trabajo, ensimismado y melancólico, se puso á entregar sobre el mostrador algunas monedas, diciendo tristemente:

—¡Poco ha gozado el nene la gorrica!

—¿Y eso?

—¡Porque se me ha muerto!...

Entonces el comerciante le dijo:

—Mira, como se la habrá dejado nueva, aún podría venderse; tráemela y te devolveré lo que por ella has dado.

Y el betunero, con dolorosa ternura, saltándosele las lágrimas, replicó:—No, señor... ¡No la daría por tó el oro del mundo!

LAS CUNAS DE LA MUERTE

Los jóvenes esposos han venido á las fiestas de la ciudad, con su nene, monín, recién nacido, único que tienen y por el que están loquitos de remate. Se han acomodado en casa de un pariente, dueño de una funeraria. La cosa no es muy agradable, pero ¡qué importa! apenas han de parar allí... sólo algunos ratos durante un par de días.

El funerario tiene tres ó cuatro pequeños, entre ellos una niña mayorcita. Á ésta le gustan mucho los chiquitines; el de los forasteros no lo suelta desde que han llegado; lo mece, lo canta, lo apretuja, lo besa. Se lo ha llevado á la trastienda, atestada de ataúdes grandes, medianos, pequeños, pequeñitos... negros,

azules, blancos... Han venido las amiguitas, dos ó tres niñas más que, acostumbradas, como la del funerario, á jugar en aquel sitio, no reparan en lo tétrico de la habitación, y ríen, llenando con sus risotadas alegres, la pavorosa oquedad de los ataúdes vacíos...

En tanto, se han sentado, á la puerta de la tienda, la mujer del funerario con dos vecinas y la madre del pequeñín. Esta última ha manifestado que prefiere ver la calle... Como buena lugareña, es muy supersticiosa y siente malestar entre aquellas cosas de muertos...

Los hombres han salido á dar una vuelta.

Las niñas, en la trastienda, han dormido al pequeñín; la del funerario, que lo tiene en brazos, dice que lo va á acostar.

—¿En dónde?—pregunta otra pequeña muy reflexiva.—¡Mira que si le pones en lo alto de la cama, podría rodarse!

—¡Nada de eso! ¡En dónde he de acostarlo

sinó en su cunita! Pocas que tenemos aquí y pocas veces que hice igual con mis hermanitos!... ¡Ahora vereis!

Y dicho y hecho: ha sacado un ataud pequeño, blanco, blanco, con galoncitos de plata, ha puesto en él una cabecerita, y ha acostado dentro al pequeñín... Las amiguitas ríen ruidosamente la ocurrencia...

—¡Mírale, mírale!... ¡duerme que parece muertecito!...

En esto ha llegado el padre del pequeñín y ha preguntado por él; su mujer le ha dicho:

—Adentro lo tienen las nenas.

Luego, los dos juntos, se han asomado á la trastienda y han visto el cuadro... La madre ha lanzado un grito de terror, ha sacado del ataud al niño y, apretándolo contra su seno, ha huído, despavorida, de la casa... El padre la sigue, llevando la impresión de una horrosa pesadilla...

POR EL SUICIDA

(ORACIÓN)

«El Juez, el actuario y el oficial, se trasladaron al sitio en donde se encontraba el ahorcado.

Era un hombre pobremente vestido, cuyo nombre y demás circunstancias no ha sido posible averiguar; pendía de una correa amarrada á la rama de un árbol.

Su aspecto era de jornalero, representaba unos treinta años.

Se supone que la correa que le sirvió para quitarse la vida, la usaba como cinturón.

En los bolsillos se le encontró tan solo una caja de fósforos y una llavecita...»

(De los periódicos.)

Solo con su dolor, sin apoyo de mano amiga, sin una voz consoladora que lo alentase, abrumado por un tedio infinito... ¡pobre!

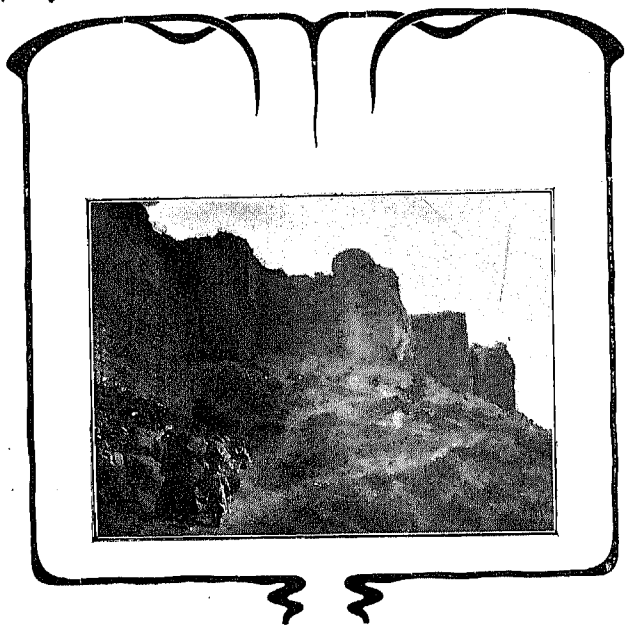
Joven, lleno de vida y fuerzas, desheredado inícuamente por esta vil sociedad de los privilegios, pudo rebelarse, insultarnos airadamente, escupirnos á la cara llamándonos miserables, vengarse hiriéndonos, ensañándose en nosotros con bárbara justicia... No por eso su fin habría sido más triste, ni habría su castigo sido otro que la muerte...

Despreció, sin embargo, con un gesto de indiferencia sublime, la vida y los hombres con sus ansias locas, con sus brutales odios, con sus crueles egoismos, y buscó dulce sostén é inviolable reposo en la rama de un árbol que, con una piedad que no sienten los hombres, no le negó la muerte...

Y los hombres, que momentos antes hubieran pasado junto á él sordos á la cansada queja, ciegos ante el cuadro de la más negra desesperación, perversamente impasibles, sin interesarles lo más mínimo *aquello*, todo lo

más aburriéndoles, esos hombres recogen ahora el inanimado cuerpo, se interesan vivamente por el infeliz suicida, quieren averiguar lo que le indujo á la fatal determinación, tratan de saber su nombre... ¡ahora!

¿Qué os importan su nombre ni sus penas?
¡Dejadlo en paz!



¡MAMITA!...

A la buena mujer se le murió su nene, que aún mamaba, sufriendo el mayor de sus dolores de madre; pero tomó un pequeñín de los de la inclusa para seguir criando, y éste, con sus embestidas de ternero al seno, con sus sonrisillas angelicales, con su llanto mimoso que parecía más triste porque era de un inclusito, se posesionó del tibio regazo y llenó el hueco del otro pequeñín...

La buena mujer, que era pobre, cobraba una insignificante pensión de la inclusa por criar al niño; pero pasado el destete, las hermanitas del Asilo le dijeron:

—Tiene usted que devolvernos el niño, puesto que ya está criado.

Sufrió la infeliz mujer como si fuese á perder al pequeñuelo para siempre, como si otro

hijo se le fuese á morir... y replicó llorando desolada:

—¡Yo lo quería para mí para toda la vida!

—Si usted le quiere puede tenerlo; pero no cobrará usted pensión.

—No, no, señora!—dijo la mujer con el rostro radiante de alegría y arrasados los ojos de lágrimas.—No cobraré nada ¡si lo que antes cobraba se lo echaba en ropitas! Yo lo quiero sin interés... ¡lo quiero porque le he dado mi sangre!...

Criaba la mujer al niño *colorado como un francés*, según expresión de ella misma, dicha con la más tierna satisfacción, y desde que el niño contaba cuatro años, le llevaba á las escuelas del Asilo con celo maternal.

Pero un día, cuando el niño cumplió los cinco años, cuando estaba más hermoso que nunca, las hermanitas del Asilo, suavemente, con la suavidad de hoja cortante,

recién afilada, dijeron á la pobre mujer:

—Tiene usted que renunciar al niño, tiene usted que dejarlo en el Asilo para siempre.

—¡Por qué, Dios mío!?—exclamó aterrada.

—Porque es usted pobre—le contestaron.

Y no hubo compasión para la madre infeliz. Quedó el niño en el Asilo y ella, desgarradas las entrañas ¡se marchó de allí como si acabase de enterrarlo!...

El niño lloraba inconsolable...

—Mamita!... mamita!...—decía con un balido sin fin.

Avanzó la noche en la fría soledad del Asilo... del coro llegaba un canto místico, fúnebre... en el ancho dormitorio; huérfano de todo calor de familia, el niño, como si fuese su voz, la triste, la desconsolada voz de todos los huerfanitos de este mundo, gemía sin cesar:—¡Mamita!... ¡mamita!...

LA GRAN PIADOSA

Los mineros se han rebelado airadamente y ha estallado en el gran distrito la huelga pavorosa...

Huelgan las máquinas; reposan como fatigados monstruos... Han cesado de girar las poleas, han enmudecido los yunques... Los trenes de arrastre han interrumpido de pronto su actividad febril y han quedado inmóviles en medio de la vía como en actitud expectante... Ni chirriar de carretillas, ni resoplidos de vapor, ni melancólico cantar... Como soberano espíritu de desolación y muerte, se extiende y se apodera de todo una quietud inquietante...

Motivo de la huelga, el de siempre: la ruindad de los amos, de los enriquecidos, de los explotadores...

Qué piden los obreros? lo de siempre también, una miseria: aumento de un real, un rato de reposo, que no les paguen en comestibles robados y podridos... ¡miseria! Aún no han pedido ni menos exigido, como pueden exigir, habitaciones sanas, cómodas y alegres, alimentación excelente, escuelas, asilos, pensiones, casas de salud, bibliotecas, centros de recreo... ¡Hasta han podido, á imitación de los amos, ambicionar lujosas estancias, ricos trajes, aparatosos trenes!... Los mismos amos hacen lícita toda ambición cuando dicen: «Soy rico porque he trabajado, porque trabajaron mis padres, porque trabajaron mis abuelos.» ¡Mentira! Sois ricos porque habeis acaparado el producto del trabajo de otros, el producto del trabajo honrado que no es el

vuestro; sois ricos, porque no habeis dado la parte equitativa á quien os ayudó, porque habeis negociado con excesiva utilidad, porque habeis adulterado lo vendido, robado la medida y el peso, alterado la pureza económica y hecho encrucijadas en la Ley... Sois ricos por todo eso, por todo eso que vosotros llamais trabajo... ¡No mancheis esa palabra santa!... Trabajar es consagrar la vida ¡y vosotros la vilipendiais!...

La huelga cunde... La solidaridad es la fuerza de los débiles...

Enfrente de esa fuerza está la de los tiranos: la represión brutal...

Los apóstoles predicán á los que aún trabajan:—«Haced causa común con nosotros, redimámonos!»...

Los amos amenazan á sus obreros:—«Ved lo que haceis: los que abandonen su trabajo, no serán admitidos nuevamente.»

La coacción de los obreros se castiga, la de los patronos se ampara.

Los obreros se convocan, se reúnen para hacer valer su derecho ante la razón.

Los amos se juntan para poner sus intereses al amparo de la Ley.

Al servicio de los explotadores hay una fuerza; los explotados no pueden hacer uso de la suya propia, porque se les somete á tiros.

¡Oh invocada santidad de las leyes, amparadoras de los poderosos, perseguidoras de los desvalidos!...

La huelga se ha prolongado, los odios se exacerban, los obreros luchan á la desesperada contra el capital inmovible que espera á que el hambre les haga capitular...

A cada momento hay motines, escaramuzas, carreras... El distrito minero está ocupado militarmente... Se prepara una defensa heroica, gloriosa, contra los hambrientos: hom-

bres demacrados, mujeres escuálidas, criatu-



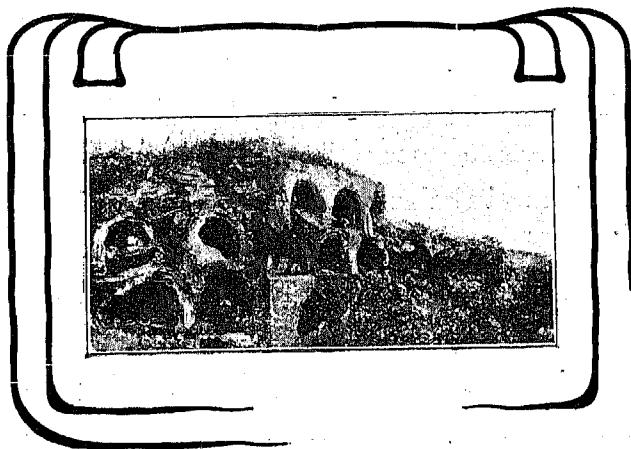
ras enclenques... Se custodian los almacenes como un sagrado; se teme una intentona, un sáqueo... En los depósitos de subsistencias, sobre todo, hay verdadero lujo de fuerza... «No, lo que es pan no han de tenerlo... los que vayan por él... ¡comerán balas!»

Y pan es lo que quieren los obreros para sostener la huelga que arruinará á los amos, inutilizando el valioso material y destruyendo las costosas labores, á causa de la inundación de las minas... ¡Quieren pan, siquiera para que cese el clamoreo torturante de sus criaturitas que lo piden!... Y van por él en el paroxismo de la desesperación, durante la tenebrosa noche... Han salido de sus madrigueras como lobos hambrientos... Síguenlos las mujeres y los niños... ¡en caso necesario quieren morir todos juntos!...

Y en los depósitos de subsistencias los dejan acercarse, tocar el pan... ¡entonces los acribillan á balazos!... Caen diez, quince, veinte... los demás huyen perseguidos, acosados en la trágica noche... No pueden ir á sus hogares, los prenderían... se pierden en la sinuosidad de un barranco, despavoridos, jadeantes... Cien, doscientos, trescientos... hom-


bres, mujeres, niños... Se les ocurre la idea salvadora de esconderse en una mina abandonada y allá van... hay una galería en declive para bajar á ella... ¡se pierden en las entrañas de la madre tierra, hombres, mujeres, niños... cien, doscientos, trescientos!...

Y aquella noche trágica, en el seno de la madre tierra, con el beso suave de un escape de gas, la gran piadosa, la muerte, ¡los duerme á todos!



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
El adiós de un suicida.	6
La canción de la muerte	8
La abejita.	10
¡Los hombres!...	13
¡Sin rastro!	15
Eh!... pára!...	18
Tristes!...	22
La madriguera.	25
Cuenta imposible.. . . .	28
Sin hogar.. . . .	32
Sin pasaporte.	34
Los cuchillos.	37
¡El pobre viejo!	40
Presagio triste	42
¡El hambre es dura!	45
Hogar sin madre.	50
Ocaso.	54
El perdón.. . . .	56
Llamas blancas	59
Espetros:	62
El hormiguero.	65
La sinceridad muerta.	69
¡Una vida!	74
Tribulación.	77
Para mortaja.	80
La gorrita.	85
Las cunas de la muerte.	87
Por el suicida.	90
¡Mamita!...	93
La gran piadosa.	96



*Esta obra se ha impreso en una
máquina **Rhenania**, y con tinta
Lorilleux, en la imp. **La Tierra***